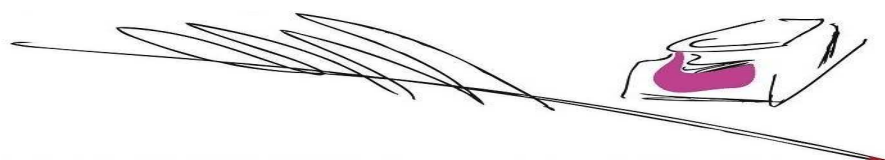




*Año 2015*



V CONCURSO LITERARIO DON BOSCO  
Asociación de AA.AA. de Don Bosco A Coruña

# TRABAJOS PREMIADOS

<b>CATEGORÍA A</b>	
<b>PREMIOS</b>	<b>TÍTULO Y AUTOR</b>
1º premio	DESIERTO
2º premio	DESIERTO
<b>CATEGORÍA B</b>	
<b>PREMIOS</b>	<b>TÍTULO Y AUTOR</b>
1º premio	Un día cualquiera <i>Ricardo Rodríguez Bastante</i>
2º premio	DESIERTO
<b>CATEGORÍA C</b>	
<b>PREMIOS</b>	<b>TÍTULO Y AUTOR</b>
1º premio	El privilegio de sentir <i>Alba Pardo López</i>
2º premio	San Andrés de Teixido <i>Álvaro Pardo Fente</i>

## “UN DÍA CUALQUIERA”

**E**mpezaba a llover cuando salió de casa. Aquel otoño estaba siendo especialmente lluvioso, algo que le ponía de mal humor. Recordaba a su madre, que siempre le decía: “Bien peinado y con una sonrisa, te comerás el mundo”. Y su pelo canoso se erizaba con la humedad. “Cuando me jubile me iré a vivir a Canarias con mi mujer”, pensó. Una ilusión, Miguel sabía que su mujer nunca querría separarse de sus hijos. Ni él tampoco. Su hija mayor estaba a punto de casarse, después vendrían los nietos y... “Ya habrá tiempo de pensar en eso”, se dijo.

Bajó a grandes zancadas la cuesta que le llevaba a su despacho en el centro de aquella pequeña ciudad de calles empedradas y repletas de edificios históricos. Su despacho estaba en uno de ellos. Le encantaba el olor de la madera y se había rodeado de muebles que compraba en los anticuarios y que restauraba él mismo en sus pocos ratos libres. Se preguntó si no habría sido más feliz dedicándose a eso en lugar de ejercer como abogado. Su padre había insistido tanto en que estudiara Derecho y continuara con la tradición familiar, que ni se había planteado estudiar otra cosa. Hizo lo que se esperaba de él, y él siempre cumplía con su deber. Su trabajo le había dado muchas satisfacciones y había ganado mucho dinero, pero no tenía muy claro que le compensara del tiempo que no había dedicado a su familia.

Hoy sería un día complicado, aquella pareja no llegaba a un acuerdo amistoso en su divorcio y tendrían que ir a juicio. Era una lástima, estaba convencido de que podrían arreglar sus diferencias si pudieran sentarse a hablar sin discutir. Habían entrado en una dinámica de discusiones a la que no ponían remedio ni siquiera delante de él. Y todo por lo de siempre: ambos trabajaban y se reprochaban mutuamente que no se ocupaban de sus dos hijos. Miguel pensó en su propia vida, él no había tenido ese problema, Ana, su mujer, se encargaba de todo en casa. ¿Y él? ¿Qué tiempo les había dedicado? Cuando llegaba a casa estaba tan cansado que no tenía casi ganas de hablar. Mientras sus tres hijos fueron pequeños trataba de jugar con ellos y, eso sí, siempre les leía un cuento antes de dormir. “Pues vaya”, pensó “y te creerás que has cumplido”. Nunca había tenido que preocuparse por sus estudios, los tres eran muy responsables. Y pensó en su niña, Elisa, que era la pequeña y su favorita, aunque no se sentía bien pensando que la quería a ella más que a sus otros dos hijos. Era lista, cariñosa y con mucha determinación. Ella no estudiaría Derecho, quería ser Veterinaria como su abuelo materno, aquellos veranos en el pueblo le habían influido mucho. “Su abuelo ha tenido más influencia en su vida que yo”, se dijo. ¿Y los otros dos? Isabel, la mayor, había estudiado Magisterio y ejercía en un pueblo a quinientos kilómetros de casa. Allí había conocido a su novio, un compañero de trabajo y se casarían el próximo año. Y Luis, su hijo, estudiaba Hostelería, quería ser cocinero. “Menos mal que mi padre ya no

vive para verlo, adiós a la tradición familiar” y ese pensamiento le hizo sonreír, sus hijos eran más valientes de lo que lo había sido él. “Ana lo ha hecho bien, he tenido mucha suerte”, aunque sólo se había casado porque encontró a la “chica adecuada”, su matrimonio había sido feliz, sin altibajos, y había llegado a quererla.

Entró en el portal y subió los cuatro pisos hasta su despacho por las escaleras. El médico le había dicho que tenía que hacer ejercicio. Cuando llegó arriba, se dijo “tengo que dejar de fumar”.

Se sentó en su vieja silla de cuero y pensó: “tengo que hacer algo por esa pareja, les he visto mirarse y creo que aún lo pueden arreglar”. Cuando ambos llegaron con el abogado de él para hablar del régimen de visitas de los niños, no sabía cómo convencerles. Y entonces les hizo una propuesta:

-Faltan unos días para Navidad, pasen estos días con los niños, serán las últimas que vean a sus padres juntos. Después de Reyes, si aún están seguros de la decisión que han tomado, nos volveremos a reunir.

Ambos se miraron y, por primera vez en mucho tiempo, estuvieron de acuerdo. Esperarían. Por los niños. O eso quisieron creer.

Cuando se marcharon, se recostó en su sillón y volvió a pensar en lo mucho que quería a su mujer y a sus hijos. La familia, lo importante es la familia... “Vaya Miguel, pareces Vito Corleone” - se dijo, y empezó a reírse a carcajadas.

Cuando llegó a casa y le contó a su mujer la propuesta que les había hecho a aquella joven pareja, ella sonrió y abrazó a su marido. Ana sabía que era un hombre estupendo, había tomado la decisión de pedir una excedencia mientras sus hijos fueron pequeños y cuando ya no la necesitaban tanto, él la había animado a volver a trabajar y ahora daba clases en un pequeño colegio a las afueras de la ciudad. “Siempre trata de ver feliz a todo el mundo, pero creo que él no lo es, tengo que hablar con los niños” - se dijo.

Y llegó el día de Nochebuena. Les había dado el día libre a sus empleados y él tampoco fue a trabajar. Sus hijos estaban en casa y quería pasar unos días con ellos. Prepararon la cena entre todos, y él se encargó de poner la mesa. También estaba su madre, una señora delicada y menuda que tenía un carácter alegre pero firme. “Elisa se parece tanto a mi madre que podría ser hija suya, en lugar de su nieta” pensaba Miguel cada vez que las veía juntas.

La cena transcurrió entre risas y bromas, estaban felices de estar todos juntos de nuevo. Ana y él se miraban sonriendo, y recordó a aquella pareja: ¿cómo estarían? ¿sería para ellos una Nochebuena feliz? ¿estarían reconsiderando su decisión de separarse?

Al día siguiente Ana le dijo que irían a comer a la pequeña casa que tenían en el campo. Le extrañó aquella decisión, a ella no le gustaba el campo, y no habían vuelto desde el verano. Cuando llegaron allí, había algo que no estaba antes: una pequeña y reluciente construcción de madera. Le cogieron entre todos, aprovechando su sorpresa y, cuando Miguel abrió la puerta no pudo reprimir un grito: Allí estaban todas sus herramientas y sus muebles viejos. Emocionado, se dio la vuelta mientras todos se reían y preguntó:

- ¿Y esto? – preguntó Miguel.
- Es para agradecerte todo lo que has hecho por nosotros, tu paciencia, tus consejos y que siempre nos has escuchado y respetado nuestras decisiones. Aunque has dedicado muchas horas a tu trabajo, sabemos que siempre estarás ahí para nosotros – dijo Luis.

Al día siguiente a Reyes, recibió un sobre en su despacho. Lo abrió y dentro había un dibujo infantil de una familia y una nota de agradecimiento y pidiéndole su factura. Miguel sonrió, “tampoco ha estado tan mal estudiar Derecho”.

## “EL PRIVILEGIO DE SENTIR”

Siempre he sido una persona muy observadora, o eso creo. A estas alturas del año se me viene a la cabeza una lista de cosas que me maravillan. No me hace falta escribirla, a diferencia de la mitad de las cosas que vivo. Las luces navideñas, las calles llenas de gente con sonrisas amplias en la cara. Las estaciones de tren, testigos de muchos reencuentros, abrazos, besos apasionados. Ahora mismo estoy sentada en una, aunque no sé por qué he acabado aquí escribiéndote esto.

Quizás sea porque no recuerdo la sensación que esta gente siente. Me gusta verles felices, recibiendo a sus seres más queridos, abuelas haciendo carantoñas a sus nietos, madres sonriendo a sus hijos tras meses sin poder verles, viejos amigos que se reencuentran en ocasiones especiales como esta. Puedo ver el brillo en sus ojos, el orgullo que brota en su interior.

Cada año, mi padre me recomienda que no vaya y me siente allí a mirar a toda esa gente. Asegura que es una manera de auto torturarme inconscientemente, pero año tras año se ha ido convirtiendo en una especie de tradición para mí, sentarme allí a ver cómo los trenes pasan y sus pasajeros salen corriendo de ellos. Realmente no recuerdo desde cuándo llevo haciéndolo, pero he considerado necesario contártelo. Ojalá tuviese la capacidad de sentir lo que ellos sienten. Lo que les impulsa a subirse a ese tren no es otra cosa que la ilusión de ver a quienes echan de menos.

Yo, en cambio, no puedo echar de menos. Desde que tengo consciencia de mis actos, mi memoria flaquea especialmente en lo más esencial. No tan esencial como mi nombre, mi procedencia o mi sentido de la orientación, no; solamente falla en lo que yo considero imprescindible, aunque si lo pienso mejor, quizás sea porque no lo tengo.

No recuerdo los sentimientos y emociones en escasos segundos después de vivirlos. Recuerdo a las personas, recuerdo sus nombres, hasta sus fechas de cumpleaños, pero no sus cualidades ni lo que me transmiten. Todo se desvanece en cuestión de un instante. Mi mente solamente recopila datos, datos inservibles desde mi punto de vista. Me siento rara cuando mis profesores elogian mis excelentes calificaciones, aunque ese estado de confusión no dura demasiado. Para mí, ese puñado de números no significa nada, ni siquiera me alegro, son completamente indiferentes para mí. ¿De qué me sirven, si ni siquiera soy capaz de sentirme feliz por lograrlas? Mis padres me felicitan siempre, pero saben la poca importancia que les doy. Saben que preferiría unas notas pésimas y ser una más. En el fondo sé que ellos piensan como yo. Sé que sienten una profunda pena por mí, pero nadie es capaz de entenderlo al cien por cien.

Ni tú lo entiendes, por mucho que el médico diga que es bueno soltarlo todo en un papel. No soy más que un libro abierto. Un libro con las páginas a medio escribir y oraciones sin sentido, cohesión ni lógica alguna. Quizás eso sea lo único que tengo claro sobre mí misma: mi mente es como un desierto que se ve calentado a diario por un sol abrasador, conocimientos inútiles, con pequeños oasis que, tarde o temprano, van empequeñeciendo hasta evaporarse completamente a causa del calor. Esas son emociones, emociones que se van, por mucho que sean necesarias para que el ecosistema –en este caso, mi cabeza– funcione correctamente. Otros oasis aparecen, pero vuelven a irse, no es más que algo cíclico.

Me he preguntado muchas veces por qué me pasa esto. Quizás los conocimientos que vaya adquiriendo en el futuro me ayuden a descubrir el origen de mi dolencia, si se puede considerar así, ya que el dolor psicológico tampoco puedo sentirlo. La gente se queja de él muy a menudo, pero en cierto modo es bueno. Al igual que el dolor físico, es una señal con un propósito muy claro: hacer saber al ser humano que algo no va bien. Quizás sería bueno sentirlo de vez en cuando.

Esto me vuelve a llevar a mi lista de cosas maravillosas. En Navidad, con las reuniones familiares, es cuando más se nota la falta de algunos seres queridos, cuando ese dolor psicológico se materializa en una abuela y su: “si el abuelo estuviese aquí...”. Ojalá pudiese compartir su pena, por muy raro que suene.

Esta carta se está poniendo demasiado trágica, ¿no crees, querido desconocido? Tiendo a desviarme de los temas principales, supongo. Creo que debería volver a mi lista.

Siendo sincera, no sigo un orden concreto en ella. Solamente la repaso mentalmente cuando siento que lo necesito. ¿Nunca te has quedado mirando a algo, pero realmente no lo estás mirando, solamente estás absorto en tus pensamientos, como si el mundo se parase? Yo suelo hacerlo a menudo. Esta lista la creé en mi cabeza con el fin de ocupar ese vacío que noto la mayor parte del tiempo, como una vía de escape particular. Cuando alguien se queda así, por lo general indica distracción. Esa gente piensa en esa persona especial y sonríe inconscientemente, o le dan mil vueltas a ese examen final que no les salió tan bien como esperaban, con cara de preocupación. Yo, en cambio, pienso en cosas que me gustaría poder vivir en mi propia piel. Cada uno trabaja con sus propios recursos.

Uno de los grandes pilares de mi lista, pese a que, como he dicho, no sigo un orden concreto, es la música. Realmente no llego a comprender el porqué de muchas cosas. Hay cosas que añado a la lista por pura intuición o sin comprender la razón, a veces es simplemente por mera estética; pero la música no la puedo considerar dentro de ese

grupo. ¿Recuerdas la razón por la que estoy sentada en la estación que he mencionado al principio de la carta? Es lo más cercano que tengo a sentir.

La música es lo mismo. Hace a la gente llorar, bailar, cantar, saltar e incluso gritar. Crea momentos especiales, une a personas, produce cosas realmente mágicas. Está en todas partes. Es “la canción” de una pareja, ameniza las celebraciones, mueve a gran cantidad de gente solo para poder escucharla en directo, está hasta en los ascensores. Me impresiona que un puñado de notas y unas cuantas palabras puedan crear un efecto tan grande en las personas. Aunque yo no llegue a vivirlo nunca, una vez más, me gusta ver ese efecto en otros para acercarme, por poco que sea, a lo que es realmente sentir.

Y tú, querido desconocido, espero que no te sientas molesto por las cartas que te mando. No espero respuesta, no tienen un fin determinado más que obedecer a mi médico y de hecho, te he escogido aleatoriamente. Tampoco espero que intentes buscarme.

Lo único que espero es que te transporten a un mundo plagado de sensaciones, emociones y sentimientos, que te imagines lo que te cuento en tu cabeza y disfrutes de algo que yo, por suerte o desgracia, no puedo tener.



# “SAN ANDRÉS DE TEIXIDO”

**L**as pasadas navidades fuimos tres amigos a San Andrés de Teixido. Como estábamos de vacaciones decidimos organizar una excursión y cada uno aportó su parte para pagar el transporte, la pensión para dos noches y la comida.

Decidimos ir a San Andrés de Teixido por votación y también porque Jaime nos dijo:

-A San Andrés de Teixido vai de morto o que non vai de vivo.

-¿Y qué significa eso? Preguntó Pedro.

-Pues significa que si no vas a San Andrés de Teixido por lo menos una vez en la vida, entonces cuando mueras tu alma va allí como una especie de castigo.

Así que decidimos ir allí, por dos votos contra uno. Solo Pedro votó en contra.- Menuda chorrada lo de ir de muerto- Dijo. Pero aceptó la decisión tomada por la mayoría.

Salimos el día 26 de diciembre en autobús. Llegamos a Cedeira a las 12 del mediodía, dimos un paseo por la playa y comimos algo antes de coger otro autobús hacia San Andrés de Teixido, que salía a las 3 de la tarde. Cuando paseábamos por Cedeira, Pedro casi se cayó al agua desde un puente. Si Jaime no llegara a agarrarlo, se habría matado allí.

-Un poco más y vas a San Andrés de muerto- Le dije.

-¡A ver si os dejáis de chorradas y dejáis de hablar de supersticiones y tonterías!

-Bueno, tranquilo- Le dije para calmarlo y evitar discusiones.

Por fin subimos al autobús. El paisaje desde Cedeira a San Andrés es impresionante, pero la carretera llena de curvas. Ya cerca de San Andrés se ve un parque con muchos caballos salvajes que viven en libertad.

De pronto la carretera era más estrecha y cuesta abajo con bastante pendiente. Se veía el mar a lo lejos. El paisaje era verde y con muchas rocas. Ver a los caballos salvajes pastando en grupos era un espectáculo.

Llegamos al pequeño pueblo de San Andrés de Teixido sobre las cuatro de la tarde. Lo primero que hicimos fue ir a la pensión a dejar las mochilas donde nos recibió una señora muy amable

-¿De onde vides, rapaciños?

-De Coruña- Dije yo.

-¿É a primeira vez que vides a San Andrés?

-Sí, venimos de vivos para no tener que venir de muertos- Dijo Jaime.

-Ya empezamos... Qué pesado eres Jaime- Saltó Pedro.

- Nada de tonterías- Dijo la señora- Éche ben certo. Máis vale vir por aquí agora que estades vivos, que de mortos é moito peor, de verdade.

Subimos a las habitaciones. Queríamos una sola para los tres, pero no había ninguna con tres camas, así que Jaime y yo nos quedamos en una y Pedro se fue a otra él solo.

Dando un paseo por el pueblo vimos varios puestos de venta de unas figuritas de colores típicas de allí, y compramos varias para llevarlas como recuerdo.

Fuimos más tarde a una pequeña capilla, muy bonita, de piedra y pintada de blanco. Dentro de la capilla había muchas figuras de cera de diferentes tamaños y formas, la mayoría con formas de diferentes partes del cuerpo.

Al salir, le preguntamos a una señora qué significaban esas figuras.

-Son para pedirle a San Andrés que cure las enfermedades. Si a alguien le duele una pierna, deja una figura de una pierna y así con cualquier parte del cuerpo.

-Este pueblo está lleno de supersticiones.- dijo Pedro- Nada tiene sentido.

-Bueno, son solo tradiciones- dijo Jaime

Íbamos a los acantilados cuando nos encontramos con un señor:

-Buenas tardes- nos dijo- Tened cuidado con los animales.

-¿Por qué, hay animales peligrosos por aquí?

-¡Non oh!- Se rió él- No es eso, lo que pasa es que aquí no se deben pisar las hormigas ni ningún animal que es arrastre, porque son las almas de los muertos que no vinieron aquí de vivos.

Pedro dijo con cara de cabreo— Sí hombre, vamos a ir de puntillas, no te fastidia...

-Yo os avisé, vosotros veréis.

Un poco más abajo había un hormiguero. Las hormigas cruzaban un camino en fila. Pedro empezó a saltar sobre ellas con grandes pisotones.

-¡Mirad lo que les hago a las hormigas! ¡Miles de muertos bajo mis pies! ¡No voy a dejar ni uno!

Ya de vuelta en la pensión nos pusieron una tortilla de patatas y una empanada buenísimas. La señora encendió una lareira y estuvimos al lado del fuego antes de acostarnos.

Nada más meternos en la cama me quedé dormido. Estaba bastante cansado por el viaje y la caminata.

De madrugada nos despertaron gritos y fuertes golpes que venían de la habitación de Pedro.

-¿Qué pasa?- Preguntó Jaime.

-Parece en la habitación de Pedro

Los gritos eran cada vez más altos y terroríficos.- ¡Socorro, socorro!- se oía.

Nos levantamos y vimos a la dueña de la pensión en el pasillo.

-¿Qué pasa?- Dijo.

-Es Pedro, no sabemos lo que le pasa.

La señora abrió la puerta, y cuando vio el interior dijo aterrorizada:

-¡Meu Deus, meu Deus!

Cuando miramos vimos a Pedro cubierto de insectos por todo el cuerpo. La dueña trajo unos cubos de agua y los arrojamos sobre Pedro. Así fuimos quitándole los bichos de encima, pero Pedro quedó lleno de picaduras.

Por la mañana decidimos volver a Coruña y nos cruzamos por el camino con el señor que vimos el día anterior, que llevaba en la mano un pequeño muñeco de cera. Se lo dio a Pedro y le dijo:

-Toma este muñeco. Te recomiendo que lo lleves a San Andrés. Es de todo el cuerpo, porque creo que no quedó nada que las ánimas no te picaran.

Antes de irnos, dejamos el muñeco en la capilla, y volvimos a Coruña a llevar al pobre Pedro al médico.